

Contra la muerte tengo el dolor en el pie que no tengo,
 un dolor tan real como la muerte misma
 y unas ganas enormes de caricias, de besos,
 de saber el nombre propio de un árbol que me obsede,
 de aspirar un perdido perfume que persigo,
 de oír ciertas canciones que recuerdo a fragmentos,
 de acariciar mi perro,
 de que timbre el teléfono a las seis de la mañana,
 de seguir este juego.

Cuatro poetas: cuatro visiones, y el juego de la poesía colombiana se inicia de nuevo, en una ronda infinita. Donde nombres como Orlando Gallo (1959) o Miguel Iriarte (1957) deben aludirse. Sin embargo, cuando las eminencias reverendísimas son ya incapaces de malgastar más César Vallejo vienen estos cuatro nombres: cuatro calles; a llevarnos al país Antonio Machado, al país León de Greiff, al país Lezama Lima, al país ellos mismos: Juan Carlos Bayona (1959), Miguel Serrano (1965) y Juan Felipe Robledo (1968), unidos en su libro *La isla era el tesoro* (1999). Con ellos bien puede abrirse un nuevo ciclo. Cierre de década: apertura de siglo.

Con cauteloso escepticismo nos incitan al desafuero. Con sobria parsimonia nos abren abismos. «Porque creo que el aire / no nos lo ha dicho todo», sugiere Juan Carlos Bayona. O propone Juan Felipe Robledo: «No seas tan miserable como para creer en las palabras y tan inmenso como para no usarlas».

Las usan con habilidad y conocimiento, pero lo que sorprende es la apacible naturalidad con que asumen un destino, dentro del cual la intensidad no es tragedia sino obra concreta: poema.

Tenemos una tradición de José Asunción Silva a Raúl Gómez Jattin, ambos suicidas, y ningún otro país suramericano parece prestar una atención tan generosa e indiscriminada a la poesía como válido pretexto para vivir y compartir: casas de poesía, encuentros de poesía, revistas de poesía, talleres de poesía, editoriales de poesía. Pero entre las poetas feministas y los chamanes indígenas que exhalan conjuros, sigue faltando lo esencial: el poema simple y llano. El que construye Álvaro Rodríguez (1948) o Ramón Cote (1963). Los que filman Rubén Darío Lotero (1955) o Víctor Gaviria (1955) con *Poemas para leer en el bus* (1991) o *Los días del olvidadizo* (1998), respectivamente.

Las palabras concretas. El trabajo diario. Como lo dice Miguel Serrano al hablar de la fecunda tarea de las hormigas:

Ah, hormigas, seres confabulados
 con la recia inercia de la vida,
 seres ensimismados que se pasan el tiempo
 rozándose los días,
 conociendo y pasando,
 indiferentes a sus mismos pasos.

Qué reconfortante ese mirar desde el reverso, esa distancia sin pretensiones. Ese saber al cual arriba Juan Torres Mantilla considerando ya a la muerte amiga, asumiéndola como el todo al cual la inexistente vida recubre de fantasías.

Desde la desaforada metaforización militante de los hijos espurios del surrealismo hasta la boba vacuidad humanista de quienes leyeron tarde y mal a Walt Whitman, la actual poesía colombiana se debate entre el estreñimiento del hai-ku y el previsible culturalismo donde ya hay demasiadas universidades y excesivos libros, Internet incluido.

Por ello resultan fascinantes las búsquedas de estos cuatro jóvenes poetas, publicando juntos su primer libro: la empresa colectiva no son voces indiferenciadas que se confunden. Son apenas timbres individuales que aspiran a una sinfonía. De ahí su lento despliegue para llegar a las cosas mismas. Su penetración envolvente en un interior compartible. La certeza irrefutable de lo obvio, abriéndonos de nuevo los ojos al mundo:

En la noche, la lluvia
 tendrá, tan sólo
 agua
 en las gotas
 y la luna una ciega
 redondez de luna,

como repite, una vez más, con asombro milenario, Juan Torres Mantilla.

Cada uno de ellos intenta configurar una voz, pero el conjunto apunta hacia la sobria impersonalidad de quienes aspiran a ser servidores de la poesía y no usufructuarios de la misma. La peste del *yo* se cura al volverse «amor comentado». Al leer con clarividencia desaparece el prurito de la originalidad. Y sin embargo, aquí se intenta de nuevo volver a decir lo mismo que hace siglos desde «una lastimosa ciudad de nadie / que en los Andes humea».